

Revista Electrónica de Psicología Social «Poiésis»

ISSN 1692-0945

Nº 18 – Diciembre de 2009



OTRA NOCHE QUE NO HA LLEGADO TODAVÍA

Dina María Herrera

Estudiante de psicología Funlam

*“Esta cosa es más difícil de lo que cualquiera
puede entender. Insista. No se desanime. Parecerá
obvio. Pero es extremadamente difícil de saber
algo de ella. Pues envuelve el tiempo.
Nosotros dividimos el tiempo, cuando en
realidad no es divisible. Siempre es inmutable.
Pero nosotros necesitamos dividirlo. Y por eso
surgió una cosa monstruosa: el reloj”.*
Clarice Lispector

Cuando la vida, esta brevedad de vida, se deja acariciar por una nueva lectura, por unos nuevos ojos, con el diario de los 15 años abierto sobre la cama, el tiempo, el inescrutable tiempo, cae como una pieza de pedruscos sobre la espalda.

“En un mundo pretérito en el que el tiempo se movía con mucha mayor lentitud y se resistía a la aceleración, las personas intentaban salvar la angustiosa distancia existente entre la pobreza de una vida breve y mortal y la riqueza infinita del universo eterno mediante las esperanzas de reencarnación o resurrección” (Bauman, p. 17), de esta manera, en la contemporaneidad, surgen hombres y mujeres afanados por el vivir perdiendo el horizonte de una manera extraña, se enajenan de sus emociones, del aleteo del colibrí, del susurro producido por la gota de agua, de la mirada del enamorado, de su piel, de la palabra trémula que recuerda a cada tiempo (siempre el tiempo) la fragilidad de la existencia.

Entonces como tocados por la magia de una barita arrojada de un cuento de hadas, el hombre y la mujer encuentran refugio, en esa afrenta imparable entre la brevedad y el afán, en los gimnasios, en el carro del futuro, en la redecoración de la casa, en la cirugía de los senos, en el vestido, en el celular, en el autosacrificio, en la autoinmolación, en el autoengaño, en el autoconsumo. Es insoportable el saberse finito. Y la zona de turbulencia, que es la vida misma, se aplanan, se divide, es más valioso virar el timón y darse cuenta que hay otras islas a las cuales arribar. No se necesita del otro, o si se necesita de este para llenarlo de objetos y de otros más que harán de su vida algo ligero, algo liviano, algo soportable.

Encanta Cortázar cuando se refiere al tiempo diciendo:

“No nos alcanza el tiempo, o nosotros a el,
nos quedamos atrás por correr demasiado,
ya no nos basta el día
para vivir apenas media hora”. (Pág. 50-1984)

Siendo entonces sujetos absortos en las propias necesidades, la necesidad de consumir y de ser consumido. El encuentro con el otro se estrecha más en la medida en que el horror del reloj aparece, el trabajo, el estudio, las compras, las distancias, la falta de tiempo hacen que las fronteras se impongan entre el hombre, la mujer y la experiencia vivida.

No se puede detener, hay que mirar rápido la Torre Eiffel porque la catedral de Notre Dama está a punto de cerrar. El futuro se hace demasiado próximo, el pasado para qué nombrarlo y el presente para qué sentirlo.

Se llega a obedecer más a las exigencias de un mundo que contabiliza la vida a razón del numero, el imperativo categórico del calendario, de las horas, de los años y de los siglos robando el espacio, capturando el momento como una cámara de alta fidelidad.

El amor deja de ser ese encuentro lleno de sorpresas, de engaños, de mutilaciones, pero también de esperanzas, de compañía, de largas y eternas conversaciones. Ahora se muere de cansancio, de aburrimiento, de soledad. Dejando a los amantes en la añoranza de lo no vivido, lanzándolo a la probabilidad de la infelicidad, a lo no compartido. El beso aplazado, la caricia

frenada, la sonrisa perdida, el sabor agridulce, recrean los días de misterio, de zozobra, de impiedad.

La separación está ahí, latente, infrenable, son tres días de invierno o de viento, el minuto que se tarda en llegar a la ventana, la espera en la cama acurrucada, la gentileza prohibida, la luz apagada, la seguridad de ser inseguro, el temor a perder el bus de regreso, el tiempo que se lleva la búsqueda de la frase exacta, el cuerpo desnudo, la sed de él o de ella, la sed que no se logra saciar, la medida de la verdad, su nombre, reclaman el nacimiento de una nueva intimidad, de una nueva cercanía.

Sale entonces de la oscuridad, de la nada, el niño invulnerable que sin rostro clama por escuchar la vida con la agudeza del audífono. Resulta ser cierto que cuando se da oídos a una canción con este, brotan sonidos que no se percibían al rastreo del ruido público, y así la pandereta resuena con más fuerza, el acorde de la guitarra se deja ver en su esbeltez, el violonchelo permite fantasear y el piano enamora aun más. Qué locura. Y si se coloca pausa entre nota y nota, lo que antes no pasaba de ser tan solo una canción, renace de las sombras marcando nuevos compases, se logra hasta sentir la finura del pentagrama, su diseño lineal, su perfección.

En un tiempo que es pensado como imposible, el niño, el hombre y la mujer de la contemporaneidad pueden fundirse en un abrazo de regocijo, de aliento. Onetti en su obra *La vida breve*, presenta una idea, que si bien mirándola en su contexto se aleja de lo anterior, también es cierto que permite dilucidar que "(...) Y era el que no buscaba caminos ni cosas, el habitante del desierto, al costado de la vida. Era el testigo; era, además, el que había hecho un pacto con el tiempo, el compromiso de no ungirnos. Ni él a mí, ni yo a él. Siempre supe que todo lo que me convenía estaba aguardándome sobre el lomo de un día de una semana de un año cuya fecha no me interesaba averiguar. Y yo, el que daba testimonio, me llenaba de lastima viendo a los demás contentarse necesitar la miseria de los partos provocados" (p. 243).

Para qué provocar aquello que por si solo se enmarcará en los días de vida que queda por vivir. Para qué la angustia de un futuro inexistente. Para qué el despliegue de la prisa, la premura del llanto y de la lluvia. Para qué el

desasosiego frente a lo desconocido y a lo que no se sabe si pasará. Para qué el engaño y la burla hacia el paso del tiempo, si finalmente el cuerpo envejecerá y la afamada muerte llegará. Para qué la desdicha, el enojo y el reclamo hacia lo no acontecido si la estrella fugaz que ha de pasar pasará. Para qué actuar en nombre del mañana o a favor del pasado expulsando el centro del presente. Y otros cuantos para qué.

Cruzando la calle arbolada, sin eclipsarse de nadie, sin buscar a nadie, arrastrando los pies más por felicidad que por agotamiento. Sin la preocupación de la eternidad y de la reencarnación, ahogando en su tic tac al reloj, dando paso a otra noche que no ha llegado todavía.

Despierta hombre, mujer despierta, es necesario ver lo que busca ser visto. Despierta hombre, mujer despierta, para el amor, para el encuentro, para el tiempo, para la hora, para el instante, para la vida.

Reseñas

Bauman, Z. (2005). *Vida líquida*. España.: Paidós estado y sociedad 143.

Cortázar, J. (1985). *Salvo el crepúsculo*. Madrid.: Ediciones Alfaguara.

Lispector, C. (1988). *Silencio*. Barcelona.: Grijaldo mandanari, S.A.

Onetti, J. c. (1970). *La vida breve*. España.: publicaciones reunidas.